

EL TEMA: REFLEXIONES SOBRE QURTUBA EN EL SIGLO XXI

CÓRDOBA, DE LA CONQUISTA MUSULMANA A LA CONQUISTA CRISTIANA

Pierre Guichard

Córdoba, al igual que Granada pero por distintos motivos, es una de las «ciudades míticas» cuyo nombre se suele mencionar a un lado y otro del Mediterráneo en el marco del proceso caótico de las relaciones euroárabes. Se considera el símbolo de una edad de oro y de una «convivencia» entre culturas y religiones que quisiéramos que fuera un modelo para nuestra época. En ocasiones se convierte en toda una caricatura: en un coloquio sobre la civilización andalusí que tuvo lugar en Argel en 2007, oí a uno de los conferenciantes afirmar, evidentemente sin mencionar ninguna fuente, que en época del emir omeya 'Abd al-Rahman I (756-788), estudiantes de toda Europa acudían a Córdoba para imbuirse en las ciencias árabes. Y es sabido que la reconquista de al-Andalus y de Córdoba es una de las utopías impulsoras de ciertos movimientos fundamentalistas islámicos. En la propia Europa, es fácil encontrar menciones a «una civilización [andalusí] brillante en la que, en las ciudades, espléndidas por el auge del comercio y las artes, había monumentos magníficos y jardines deliciosos que acogían a poetas y músicos, pensadores y sabios, juristas y místicos de las tres religiones» y, sobre todo, una atmósfera de tolerancia que permitía a las lenguas y a las creencias mezclarse y aceptarse mutuamente.¹ Este embellecimiento, un tanto edénico, fue lo que dio pie al periodista francés Jean Daniel, en un artículo del *Nouvel Observateur* de octubre de 1994, a referirse al siglo X peninsular como el «sacrosanto al-Andalus» en el que, durante unos sesenta años, había reinado ese fenómeno maravilloso y asombroso denominado «el espíritu de Córdoba».

Evidentemente, uno puede intentar abstraerse de las representaciones más relacionadas con nuestra época que con los hechos del pasado. Pero los propios mitos forman parte de una historia contemporánea que no es indiferente. Tampoco hay que combatirlos absurdamente, propagando más «contraverdades» de las que contienen en sí mismos. Es el caso de ciertas páginas web que pretenden contradecir el mito de la «convivencia» andalusí. Si se consulta por ejemplo una de ellas, cuyo título es *Historia y mito: el al-Andalus musulmán [Histoire et mythe: l'Andalousie musulmane]*, constataremos sin gran asombro, pero igualmente un tanto perplejos, que está plagada de errores históricos: en su ansia de relativizar la ruptura «geopolítica» de la construcción omeya que se desbordaba hacia el Magreb, no se duda en afirmar que Marruecos formó parte de la España visigoda y, hablando más en concreto de Córdoba, que la célebre biblioteca califal también se había «heredado de los visigodos». En cuanto a la tolerancia que se atribuye a la civilización andalusí, se afirma, sin basarse en fuente alguna, que los cristianos de Córdoba fueron

1 Según el prefacio de Michel Zink a la obra de María Rosa Menocal (2003). *L'Andalousie arabe: une culture de la tolérance, VIIIe-XVe siècle*. París: Autrement, p. 5.

víctimas de una masacre en 796.² En este texto trataremos de mantener cierto equilibrio entre una visión a menudo demasiado idealizada y casi «hagiográfica» (en la mención de Córdoba de Jean Daniel citada más arriba se habla del «sacrosanto al-Andalus») y una «desmitificación» demasiado seca, positivista y abrupta que sólo se fija en las «sombras» que inevitablemente van ligadas a las edades de oro más célebres de la historia de la humanidad.

Centrándonos en la historia más que en el mito, lo primero que tenemos que hacer es reconocer, como de hecho hacía Jean Daniel en el pasaje que hemos citado, que el emblemático esplendor de los califas de la Córdoba del siglo X y de su inmensa y prestigiosa capital no duró más que unas décadas y que la ciudad nunca volvió a recuperar la grandeza y el prestigio de que gozó en la segunda mitad del siglo X. Sin duda, es importante darse cuenta de lo que representaba Córdoba cuando una poetisa germánica la llamó en aquella época «el adorno del mundo»,³ pero también hay que ver cómo alcanzó ese apogeo y qué fue después de la ciudad.

En el texto de Internet que he citado más arriba, que pretende relativizar el esplendor de la Córdoba musulmana, se hace hincapié en que la futura sede del gran Califato de Occidente era, antes de la llegada del islam, una «ciudad episcopal de gran vitalidad». Ciertamente se trataba de una ciudad episcopal, como muchas otras ciudades de la España visigoda, ¡pero de la «gran vitalidad» no hay muchas pruebas! En el siglo anterior a la incorporación de la ciudad al *dar al-Islam* se tienen tal vez más pruebas de cierto dinamismo cultural y arquitectónico en Toledo, capital del Reino, y en Mérida y Sevilla, ambas igualmente sedes metropolitanas. Es cierto que desde 1990 los arqueólogos han descubierto al noroeste del centro histórico de la ciudad, en el emplazamiento de Cercadilla, junto a la estación de tren y de autobuses, un gran complejo palatino imperial de finales del siglo III o principios del IV, que probablemente fue ocupado después por los obispos de Córdoba; pero tal complejo desaparece como tal en el siglo VI, cuando la reducción del espacio urbanizado lleva a los obispos a orillas del Guadalquivir, junto al palacio de los gobernadores visigodos.⁴

Córdoba no es el objetivo principal de la primera invasión musulmana de 711. Las tropas del primer conquistador, el general bereber Tariq b. Ziyad, se dirigen prioritariamente hacia Toledo, la capital del Reino, y se contentan con mandar a un destacamento de 700 caballeros para adueñarse de Córdoba. Las circunstancias de la toma de la ciudad se narran con inusitado detalle en fuentes árabes, probablemente porque las tradiciones relativas a la caída de la capital de al-Andalus se conservaron mejor que las que se referían a otras ciudades. Los asaltantes aprovecharon una brecha en la muralla cerca de la puerta del Puente, cuyos defensores fueron neutralizados, para entrar en el recinto, y ocuparon la ciudad,

2 Le Messie et son Prophète, http://www.lemessieetsonprophete.com/annexes/Al-Andalus_histoire_et_mythe.htm [consultado el 2 de febrero de 2013].

3 Texto citado frecuentemente de la religiosa sajona Hroswitha de Gandersheim, véase Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: le siècle du califat de Cordoue*. Paris: Maisonneuve et Larose, tomo III, p. 383.

4 Vicente Salvatierra Cuenca y Alberto Canto García (2008). *Al-Andalus: de la invasión al Califato de Córdoba*. Madrid: Síntesis, p. 132. Sobre las excavaciones de Cercadilla se puede encontrar abundante literatura.

obligando al gobernador visigodo a salir de ella por la puerta de Sevilla para refugiarse con medio millar de hombres en una iglesia extramuros dedicada a San Acisclo. Se ha formulado la hipótesis de que este último edificio se encontrase en el emplazamiento ya citado de Cercadilla. Efectivamente, debía de tratarse de una construcción bastante poderosa y bastante bien conservada, como para resistir tres meses más al asedio que le impusieron los musulmanes.⁵

Los textos árabes coinciden en el hecho de que el puente romano sobre el Guadalquivir estaba en parte derrumbado, cosa que permite suponer que la ciudad y su entorno se hallaban en un estado más bien degradado. En cualquier caso no fue Córdoba, sino Sevilla, la ciudad que escogió como capital de la nueva provincia Musa b. Nusayr, el gobernador de Kairuán que en el año 712 se puso al frente de la conquista. Después de que en el año 714 éste fuera llamado a Damasco por el califa, fue igualmente en Sevilla donde residió su hijo 'Abd al-'Aziz, a quien había confiado la administración de la nueva provincia, antes de ser eliminado en 716 —según algunas fuentes con la complicidad del poder califal— por jefes árabes de su entorno a causa de las maneras «reales» que había osado adoptar o, más probablemente, por motivo de divergencias políticas cuya naturaleza exacta es difícil de conocer.⁶

El gobernador interino que acordaron —al parecer no sin dificultad— los elementos dirigentes permaneció en funciones tan sólo unos seis meses. Un régimen centralizado como el del Califato de Damasco trataba sin duda de controlar la provincia lo más firmemente posible y, en breve, fue reemplazado por un *wali* nombrado jerárquicamente, al-Hurr b. 'Abd al-Rahman al-Thaqafi. Este tercer gobernador fue quien decidió instalarse en Córdoba.⁷ La explicación de Pedro Chalmeta de esta decisión de al-Hurr resulta muy verosímil: llegado con una fuerza militar sólida (tal vez varios millares de hombres), fue su deseo librarse de la influencia del *yund* ('ejército') ya instalado en España y probablemente en Sevilla y su zona de influencia inmediata, así como de los elementos bereberes que 'Abd al-'Aziz b. Musa había atraído a la Península, al parecer, para sostener su política. En Córdoba habría tenido más libertad para imponer las medidas de regularización de la situación territorial y fiscal de la provincia.⁸

En ese aspecto, al-Hurr fue, durante los tres años de su mandato, un gobernador enérgico que prosiguió también la guerra santa más allá de los Pirineos, en la antigua Septimania visigoda y en el sur de la Galia franca. Tras él, los gobernadores se fueron sucediendo de manera bastante fugaz, sin que se pusiera en tela de juicio el estatus de Córdoba, convertida definitivamente en la capital de

5 Cyrille Aillet (2010). *Les mozarabes: christianisme, islamisation et arabisation en Péninsule Ibérique (IXe-XIIe siècle)*. Madrid: Casa de Velázquez, p. 79.

6 Pedro Chalmeta (2003). *Invasión e islamización: la sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*. Jaén: Universidad de Jaén, pp. 246-247.

7 *Ibidem*, p. 254, basándose en la mayoría de las fuentes: «El primer acto del nuevo gobernador fue trasladar la capital de Sevilla a Córdoba».

8 Desconocemos si las rivalidades entre «facciones tribales» que en breve agitarían al-Andalus y todo el Califato tuvieron algún papel en estos acontecimientos. Valdría la pena retomar este asunto en el contexto de los debates sobre los «partidos» o «facciones» que se oponían en el Califato de Damasco (partiendo de las tesis formuladas por Muhammad Abdulhavy Shaban (1971). *Islamic History: a New Interpretation* (A. D. 600-750, A. H. 132). Cambridge: University Press; véanse en particular las pp. 120 y ss.

la nueva provincia del islam. Desde ese momento, se llevaron a cabo desarrollos urbanísticos en consonancia con tal papel. Así, es sabido que el sucesor de al-Hurr, al-Samh, hizo reparar el puente con sillares de la muralla, restaurando ésta con simples ladrillos. Por otra parte, ordenó que se construyera el cementerio del Arrabal⁹ en la orilla izquierda del río, en tierras pertenecientes al tesoro público.

Se puede pensar que empezaron entonces a instaurarse los elementos que configuran una «ciudad musulmana», pero éstos no se mencionan más que fugazmente en textos que narran acontecimientos político-militares. El segundo cuarto del siglo VIII termina en al-Andalus con una década de guerras civiles, en consonancia con el ambiente general de crisis que afecta al Califato de Damasco antes de su caída en 751. Las fuentes relativas a dicho periodo indican, por ejemplo, que en la batalla de Saqunda, que enfrentó en 747 a dos facciones árabes (los yemeníes y los qaysíes o «árabes del Norte») en las proximidades de Córdoba, el jefe de estos últimos, viéndose en situación crítica, invirtió la relación de fuerzas apelando, por mediación del *sahib al-suq* o intendente del mercado de la capital, a los artesanos del zoco de Córdoba. Acudieron cuatrocientos, armados con palos, chuzos y cuchillos de carnicero, y le dieron la victoria a los qaysíes sobre sus adversarios, tan agotados como ellos por la jornada de combate. Pero la misma narración, que permite suponer que el mercado de Córdoba estaba organizándose sobre la base de normas inspiradas en la nueva ideología jurídico-religiosa, indica también que el jefe de los qaysíes, al-Sumayl, se dedicó a masacrar a los jefes yemeníes capturados, después de haberlos reunido en una iglesia en el interior de la ciudad.¹⁰ Las fuentes árabes insisten en que ésta se encontraba en el mismo lugar en el que más tarde se alzaría la gran mezquita de Córdoba.¹¹ En caso de admitirlo, como se ha hecho a menudo, esto plantearía un pequeño problema; pero según otra fuente tardía, dicha iglesia dedicada a San Vicente, que era la iglesia catedral en la época de la conquista árabe, fue compartida entonces por cristianos y musulmanes para ofrecer a estos últimos un lugar donde realizar su oración comunitaria de los viernes.¹² Nos cuesta admitir que en un edificio que hacía ya las veces de mezquita principal de Córdoba —al menos una parte del mismo— tuviera lugar la masacre de los jefes yemeníes. Las cosas parecen más creíbles si se aceptan las tesis desprendidas de las constataciones realizadas en excavaciones en la mezquita de Córdoba en la última década, según las cuales en ese emplazamiento no habría estado únicamente la gran basilica destruida por 'Abd al-Rahman I a finales del siglo VIII para edificar la nueva mezquita,

9 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: la conquête et l'émirat hispano-umayyade: 710-912*. Paris: Maisonneuve et Larose, tomo I, p. 39 [primera edición en (1950). Paris, Leiden: Maisonneuve, Brill].

10 Pedro Chalmeta (2003). *Invasión e islamización: la sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*. *Op. Cit.*, pp. 340-341.

11 Emilio Lafuente y Alcántara (1867). *Ajbar Machmua (colección de tradiciones)*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, p. 65: «en una iglesia que había a la parte interior de Córdoba, donde hoy se encuentra la mezquita mayor».

12 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: le siècle du califat de Cordoue*. *Op. Cit.*, tomo III, p. 386.

sino que se trataba de un complejo de edificios episcopales.¹³ En tal caso, es perfectamente admisible que los cristianos conservaran uno de los edificios, mientras que los musulmanes transformaron el otro en mezquita.

Resulta interesante señalar esta relativa convergencia entre texto y datos arqueológicos, que nos permite vislumbrar la posibilidad de ampliar un poco el conocimiento de dicho periodo de transición entre el fin del Reino visigodo y el principio del Emirato omeya de Córdoba. No obstante, no fue sino a partir del reinado del «emigrante» oriental ‘Abd al-Rahman I, que llegó huyendo de la masacre de su familia en Oriente por los abasíes, que acababan de derrocar el Califato de Damasco (751) y estaban a punto de establecer el suyo propio en Bagdad, cuando se empezó a sentir más claramente la nueva dimensión de capital política y —cada vez más— cultural que va a adquirir Córdoba. Habiendo cruzado del Magreb a España en 756, el objetivo del joven príncipe omeya era claramente adueñarse de la ciudad recurriendo militarmente a los *mawali* (‘clientes’) de su dinastía establecidos en al-Andalus, a los que acaban de sumarse varios miles de guerreros yemeníes descontentos por verse sometidos a un poder que representaba los intereses de los qaysíes, quienes se habían impuesto finalmente al cabo de las luchas tribales que marcaron la mitad del siglo. El gobernador del momento, Yusuf al-Fihri, y su «hombre de confianza», el jefe qaysí al-Sumayl, son vencidos a las puertas de Córdoba y el pretendiente omeya toma posesión del palacio gubernamental y hace que la población cordobesa lo reconozca.

El largo reinado de ‘Abd al-Rahman (756-788) permite al nuevo soberano asentar en Córdoba una dinastía cuya legitimidad se basará en sus antecedentes califales en Oriente (los omeyas de Córdoba, aun sin pretensiones sobre el Califato, dicen ser «descendientes de los califas», *‘banu jala’if’*). Sin duda la estabilidad del país aún está lejos, y la mayor parte de su reinado se dedicará a las duras guerras internas contra los partidarios del Gobierno anterior, contra los elementos tribales yemeníes contrariados por haber llevado al poder a un «árabe del Norte» y contra un gran alzamiento religioso bereber en el centro de la Península. En ese periodo en el que el primer omeya debe luchar encarnizadamente para mantenerse en el poder, las periferias se controlan difícilmente. Estallan revueltas proabasíes en Beja (763) y en Valencia (777). Esta última se articula con los movimientos de disidencia de los jefes árabes que dominan entonces el valle del Ebro y son responsables de la famosa expedición de Carlomagno contra Zaragoza de 778. Esta sucesión casi ininterrumpida de alzamientos locales no hace más que acentuar el contraste con el enraizamiento «en profundidad» del poder en Córdoba, fundamentado en el establecimiento en la ciudad de los últimos descendientes de la familia omeya, miembros de la tribu de Quraysh a la que ésta pertenece, y muchos

13 Véanse los trabajos de Pedro Marfil Ruiz (2001), por ejemplo, su *Urbanismo Cordobés*, en *María Jesús Viguera Molins y Concepción Castillo Castillo (coords.). El esplendor de los omeyas cordobeses: la civilización musulmana de Europa occidental. Exposición en Madinat al-Zahra, 3 de mayo a 30 de septiembre de 2001: estudios*. Granada: Consejería de Cultura, a través de la Fundación El Legado Andalusi, pp. 360-371; y (n. d.). «Arqueología en la mezquita de Córdoba», <http://www.ciberjob.org/suple/arqueologia/mezquita/mezqui.html> [consultado el 2 de febrero de 2013]; así como las puntualizaciones de Susana Calvo Capilla (2007). «Primeras mezquitas de al-Andalus a través de las fuentes árabes (92/711-170/785)», *Al-Qantara*, 28 (1), pp. 166 y ss.

clientes (*'mawali'*) de la dinastía, los que habían formado el «primer círculo» de la instauración de su poder en al-Andalus y van a constituir durante todo el Emirato el «núcleo duro» del Estado cordobés.¹⁴

Sobre esta base, asistimos a una reconfiguración de la capital cuyos detalles no conocemos con exactitud pero cuyos rasgos, a grandes líneas, no dejan lugar a dudas: esa poderosa «aristocracia de Estado» se dota de propiedades aristocráticas en la ciudad y sobre todo en sus alrededores, y esas ricas haciendas sirven como «puntos de partida» para barrios y arrabales en rápida expansión. Buen ejemplo de ello es el «palacio de Mughith» (*'balat Mughith'*), el *mawla* omeya que comandó en 711 el destacamento que se adueñó de Córdoba y que había recibido una gran propiedad extramuros que dio lugar al desarrollo de uno de los principales arrabales de la capital, situado inmediatamente al oeste del *qasr* ('alcázar') del emir.¹⁵ Los *banu Mughith* son, a finales del siglo VIII y principios del IX, uno de los principales linajes que proporcionan al régimen los más altos cargos del Estado. Un pasaje del *Muqtabis* de Ibn Hayyan deja entrever un episodio del crecimiento que se organizó en torno a su residencia al explicar cómo, posteriormente a la conquista, un miembro del linaje omeya que era el «patrón» de Mughith, inmigró a su vez a al-Andalus y vino a establecerse junto a la residencia de *mawali*.¹⁶ En ese caso se ve claramente cómo se produce una especie de «aglomeración» de familias poderosas alrededor de las cuales vino a agruparse, en función de ciertos mecanismos sociales de clientelismo y dependencia, toda una población sobre la que, evidentemente, no tenemos tantos datos.

El símbolo del sólido asentamiento en Córdoba de una dinastía —sin duda nueva en al-Andalus, pero dotada de todo el prestigio que le valía su notoria ascendencia— es evidentemente la edificación de una gran mezquita que de entrada aparece como un monumento «faro» del arte musulmán, la primera gran construcción religiosa emblemática realizada fuera de una capital oriental, fundadora de la tradición artística andalusí. El monumento que deseaba el primer emir fue edificado en un año sobre la explanada que dejó la destrucción en 169/785 de las construcciones existentes en el mencionado emplazamiento de la antigua catedral visigoda y sin duda del primer oratorio musulmán. Esto demuestra la concentración de medios de tesorería que ya permitía en Córdoba la fiscalidad estatal, el grado de planificación de que eran capaces los arquitectos desconocidos que trabajaron para el emir y su sorprendente capacidad para innovar al tiempo que seguían siendo notablemente fieles a la tradición de los omeyas de Damasco.

Esta primera gran mezquita omeya de Córdoba, aunque un poco disimulada a la vista por las sucesivas ampliaciones de que iba a ser objeto, ha sido analiza-

14 Véase la tesis de Mohamed Meouak (1999). *Pouvoir souverain, administration centrale et élites politiques dans l'Espagne umayyade (IIe-IVe/VIIIe-Xe siècles)*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.

15 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: le siècle du califat de Cordoue*. Op. Cit., tomo III, pp. 375-376. Se puede encontrar una buena localización de los barrios de Córdoba en Juan Francisco Murillo Redondo, María Teresa Casal García y Elena Castro del Río (2004). «Madinat Qurtuba. Aproximación al proceso de formación de la ciudad emiral y califal a partir de la información arqueológica». *Cuadernos de Madinat al-Zahra'*, 5, pp. 257-290 (véanse la foto y el mapa de la p. 285).

16 Ibn Hayyan al-Qurtubi (2001). *Crónica de los emires Alhakam I y Abdarrahan II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II-1]* [traducción de Mahmud Ali Makki y Federico Corriente]. Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, p. 96.

da cientos de veces, en la medida en que constituye el primer jalón de una tradición estética y arquitectónica de la que no se apartarían los emires ni posteriormente los califas sucesores del primer soberano omeya, sino que la enriquecerían. Se presenta como el punto de partida de lo que, visto *a posteriori*, parece una especie de «programa dinástico» que sigue fascinando a los historiadores del arte así como a los turistas. Evidentemente, no vamos a ofrecer aquí su enésima descripción, pero suscribiremos la opinión de Teresa Pérez Higuera, que describe los dos niveles de arcos que sustentan el tejado como una «solución genial». ¹⁷ El talento de los constructores fue tal vez el de conseguir edificar una mezquita plenamente conforme a las necesidades del culto musulmán y, al mismo tiempo, arquitectónicamente nueva, de la que resulta difícil saber hasta qué punto se inspira en tradiciones locales (se han evocado los acueductos romanos de España respecto a la superposición de arcos que acabamos de mencionar y, para los arcos de herradura del nivel inferior, no faltan precedentes en las iglesias visigodas) o sigue fiel a los modelos traídos de Oriente (la Gran Mezquita de Damasco también tenía dos niveles de arcos superpuestos, y el arco de herradura se encontraba, por su parte, en varios monumentos edificados igualmente por los omeyas en Siria). ¹⁸

Los sucesores del primer soberano de la dinastía se situaron, en lo tocante a su capital, estrictamente en la línea de éste. La corona de haciendas o *munyas* ('almunias') que rodeaba la ciudad no dejó de enriquecerse con nuevas construcciones. Las más prestigiosas eran las de la propia dinastía, empezando por la famosa Rusafa, cuya construcción ordenó 'Abd al-Rahman I⁹ y cuyo nombre procedía del de una residencia siria especialmente querida por sus ancestros. Incluso su historia es interesante: el emir se la compró a un jefe bereber que poseía ese lugar sin duda desde la conquista. ²⁰ Con sus sucesores aparecieron otras, como la *munyat al-Na'ura*, en la orilla derecha del Guadalquivir río abajo de la ciudad, que fue construida en medio de un gran vergel por el futuro emir 'Abd Allah antes de su ascenso al poder en 888. Debía su nombre a la rueda de un gran molino de agua con el que se regaba, y no era más que una de las propiedades construidas por los miembros de la dinastía y, entre ellos, por las esposas

17 Teresa Pérez Higuera (2001). La mezquita de Córdoba, en María Jesús Viguera Molins y Concepción Castillo Castillo (coord.). *El esplendor de los omeyas cordobeses: la civilización musulmana de Europa occidental. Exposición en Madinat al-Zahra, 3 de mayo a 30 de septiembre de 2001: estudios*. Op. Cit., pp. 372-379.

18 Juan Carlos Ruiz Souza (2009) lleva a cabo un interesante análisis en La Corona de Castilla y al-Andalus. Préstamos arquitectónicos y grados de asimilación. Espacios, funciones, y lenguajes técnico-formales, en Pierre Toubert y Pierre Moret. *Remploi, citation, plagiat conduites et pratiques médiévales (Xe-XIIIe siècle)*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 231-257; en la p. 236: «La fórmula cordobesa no puede ser más "anticlásica", al ir aumentando la sección de toda la estructura según nos elevamos en altura, justo al contrario de lo que ocurre en el acueducto emeritense. Aquí radica una de las grandes diferencias entre la arquitectura romana y la islámica, si en la primera seríamos capaces en gran medida de adivinar las estructuras sustentadas estudiando los cimientos de la construcción ante su alto carácter racionalista, en la islámica sería imposible, y difícilmente podríamos imaginarnos los muros colgados y las cúpulas de la mezquita de Córdoba o de la Alhambra de Granada si ambos edificios sólo se hubiesen conservado en su cimentación».

19 Rusafa era la residencia preferida del primer emir y se encontraba a algo más de dos kilómetros de Córdoba, al noroeste del recinto, en las primeras colinas que rodean la llanura.

20 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: le siècle du califat de Cordoue*. Op. Cit., tomo III, p. 374, n. 2.

de los emires, como la famosa *munyat* 'Ayab, fundada por una mujer de al-Hakam I (796-822).

Desgraciadamente, no tenemos datos numéricos ni demasiadas precisiones topográficas sobre el crecimiento de la propia ciudad de Córdoba en la época del Emirato omeya. Parece haber sido importante. Un acontecimiento histórico tan conocido como dramático lo pone de manifiesto: la famosa revuelta del arrabal ('*rabad*') de Córdoba que tuvo lugar en 818. Este episodio, al ser narrado profusamente en fuentes escritas, muestra la existencia de uno de los barrios de Córdoba cuyo crecimiento resume perfectamente Lévi-Provençal en su *Histoire de l'Espagne musulmane*:

La fisionomía de Córdoba [escribe] había cambiado mucho desde el reinado de 'Abd al-Rahman I. La ciudad, ya importante y populosa en época visigoda, había acogido en el interior de sus muros, desde que se había convertido en la capital del Emirato hispano-omeya, a muchos árabes venidos de Oriente o de Ifriqiya, así como a cierto número de magrebíes de origen bereber. Se habían edificado nuevos barrios al norte y al oeste de la ciudad. Por otra parte, desde la restauración del puente romano sobre el Guadalquivir que llevó a cabo Hisham I, ese curso de agua que bordea la ciudad por el sur había dejado de constituir un obstáculo para su extensión por la orilla izquierda: un arrabal ('*rabad*') ruidoso y muy poblado se extendía allí desde la ribera del río hasta las vecindades de una aldea vecina, Saqunda, la antigua Secunda.

En ese arrabal no sólo vivía la plebe cordobesa, los artesanos y los pequeños mercaderes *muwallads* o cristianos. Gracias a su proximidad con la gran mezquita y con el palacio del emir, situados ambos junto al Guadalquivir y simplemente separados el uno del otro por una larga calle que acababa en el puente, la *Mahayya 'uzma*, a muchos cordobeses cuyas funciones o estudios llamaban a la sede del Gobierno o al edificio principal de culto de la ciudad les había parecido cómodo instalarse en el arrabal meridional: allí era donde vivían en particular la mayoría de los antiguos discípulos andalusíes de Malik Ibn Anas, convertidos en notorios e influyentes *faqih*s.²¹

Nada mejor, en mi opinión, que citar este pasaje del gran historiador de la España musulmana para hacer patente la rapidez de los cambios realizados y su naturaleza. El desarrollo del arrabal meridional de Córdoba no es más que un ejemplo de un crecimiento que afectó del mismo modo a las demás zonas periféricas de la capital, al Este, al Norte y al Oeste. Sólo que su cronología se conoce perfectamente, porque su expansión se vio bruscamente detenida por la despiadada represión por parte del emir al-Hakam I de la gran revuelta que se produjo allí en 818, su destrucción total y la masacre o expulsión de sus habitantes. Queda claro pues que desde principios del siglo IX la antigua *madina* cordobesa se había rodeado de arrabales populosos, cuyo carácter «islámico» no se pone en duda, puesto que precisamente la oposición mutua de los religiosos y la «plebe» urbana de los comerciantes y artesanos en ciertas medidas —sobre todo fiscales— consideradas

21 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: la conquête et l'emirat hispano-umayyade: 710-912. Op. Cit.*, tomo 1, pp. 161-162.

abusivas e impías por no estar en consonancia con las normas del islam, fue lo que provocó la revuelta. El acontecimiento es también revelador del auge de la urbanización en aquel momento, en la medida en que la eliminación de varios millares de habitantes insurrectos no parece haber afectado más que coyunturalmente al crecimiento del conjunto de la ciudad.²²

En el apogeo del Emirato, bajo ‘Abd al-Rahman II (822-852), el hijo de al-Hakam I, la ciudad alcanzó en efecto una prosperidad desconocida hasta entonces. Ibn Hayyan asocia el prestigio exterior del soberano con los ornatos que aportó a la ciudad:

Sostuvo correspondencia con soberanos de diversos países, elevó alcázares, hizo obras, construyó puentes, trajo agua dulce hasta su alcázar desde las cimas de las montañas, perforando para ello las duras rocas hasta conducirla a su palacio con bien trazado plan, con el que consiguió abundantes aguas para beber y para las conducciones de su parque, e hizo llegar el excedente al pilón que instaló ante [la puerta meridional central de su alcázar, la llamada puerta del Jardín], donde se vertía en una pila de mármol a la que tenía acceso toda la gente que iba a su alcázar o pasaba por él, con gran provecho de todos.²³

También fue en tiempos de ‘Abd al-Rahman II cuando se llevó a cabo una importante ampliación de la gran mezquita, que casi duplicó la capacidad de la sala de oración, de manera que pudo acoger a un número evidentemente creciente de fieles motivado sin duda por el aumento constante de la población de una ciudad heterogénea en la que vivían árabes, bereberes y nativos y, desde el punto de vista religioso, judíos, musulmanes descendientes de los conquistadores, muchos conversos y una masa aún numerosa de cristianos. La capital omeya está por entonces muy animada, y en ella vive una clase educada y acomodada (*amma*) lo bastante numerosa para dar lugar al surgimiento de un centro cultural que atrae a orientales, que importan las modas iraquíes de las que está ávida su población. Tal fue el papel del célebre Ziryab, músico cantor venido de Iraq y que se convierte en el predilecto de la alta sociedad.²⁴

Evidentemente, lo que mejor conocemos es la clase dominante árabe-bereber. Hemos mencionado más arriba la vivienda aristocrática de *balat* Mughith, situada al noroeste de la aglomeración, perteneciente a una poderosa familia de clientes de los omeyas cuyos miembros formaban parte de la casta más elevada de detentores del poder: hijo del Mughith que entró en Córdoba en 711, ‘Abd al-Malik b. ‘Abd al-Wahid b.

22 Podemos añadir que el asunto de la rebelión, siendo desafortunado para los insurrectos, tuvo consecuencias positivas para los arqueólogos: al ser destruido el arrabal y emitido un edicto que prohibía volver a construir en dicho emplazamiento, se favoreció la conservación de los vestigios enrasados, y las excavaciones que se han realizado recientemente han aportado gran cantidad de datos sobre la organización del barrio y la cultura material que existió en él.

23 Ibn Hayyan al-Qurtubi (2001). *Crónica de los emires Alhakam I y Abdarrahan II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II-1]. Op. Cit.*, pp. 169-170.

24 Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: la conquête et l'émirat hispano-umayyade: 710-912. Op. Cit.*, tomo I, pp. 269-272. Ziryab es tan sólo el hecho más notorio del proceso de «orientalización» de la sociedad y el Estado cordobés que se está produciendo en ese momento.

Mughith es el general de Hisham I (788-796) que comandó en 793 el ejército que atacó Narbona y que consiguió la gran victoria de Orbieu sobre los francos; su hermano ‘Abd al-Karim b. ‘Abd al-Wahid, que participó en la misma expedición y estuvo al mando de otras, ejerció el alto cargo de chambelán o *hayib* del emir al-Hakam I (796-822).²⁵ Según Ibn Hayyan, cuando ese poderoso personaje regresaba a su propio palacio tras haber cumplido con las obligaciones de su cargo oficial en el palacio cordobés, se detenía para pasar a saludar a los «patrones» de su linaje, los descendientes del omeya Habib b. ‘Abd al-Malik que, como hemos visto, se instalaron junto al *balat* Mughith, y ataba a su caballo a bastante distancia para entrar y salir a pie para honrar a esa familia, de la que seguía siendo cliente (*‘mawla’*) pese a su alto rango en el Estado. También se creaban lazos entre estos altos cargos del Estado y otros elementos de la sociedad cordobesa, en particular la categoría cada vez más influyente de los *fuqaha’* (juristas y religiosos) o ulemas. Un famoso jurista (*‘faqih’*) contaba que, cuando acompañó a ‘Abd al-Karim en su expedición contra Narbona para velar por la legalidad en el reparto del botín, en una ocasión recibió de él cien dinares de regalo (es decir, en teoría cien monedas de oro de unos cuatro gramos, probablemente entregadas en dirhams de plata, ya que no se acuñaba oro en ese momento en al-Andalus), cosa que nos puede dar una idea de la holganza financiera de esos altos personajes del Estado omeya.

Otro ejemplo de familia que ejerció altos cargos en el Estado omeya y que tuvo su papel en el desarrollo de Córdoba fue la importante familia bereber de los *banu Zayyali*. En el momento de la conquista se establecieron en la *kura* o provincia de Takurunna (actualmente la región de Málaga). El primero de ellos en ser mencionado en los textos es Muhammad b. Sa‘id b. Musa b. ‘Isa al-Zayyali, en quien se fijó el emir ‘Abd al-Rahman por sus aptitudes poéticas y literarias, convirtiéndolo en «secretario privado» (*‘katib al-sirr’*) del soberano, cargo que no existía hasta entonces. La residencia en la que se instaló con los suyos, al norte de la *madina* histórica de Córdoba, parece haber contribuido a la estructuración de esa zona lo bastante como para que el barrio tomase el nombre de esa familia (el arrabal o *rabad* de los *Zayyayila*); la familia se contaría desde entonces entre las principales de la capital, ya que se conoce al menos a II miembros que ejercieron funciones gubernamentales en la alta Administración del Estado omeya, al final del Emirato y en el Califato.²⁶ También llevaban su nombre un parque (*‘ha’ir’*) y un cementerio, y su preponderancia social se marca bien en el hecho de que, en tanto que gravitaban en torno al poder, tuvieron ellos mismos sus dependientes o clientes (*‘mawali’*).²⁷

No tenemos tanta información sobre la implantación en Córdoba de otras familias de la poderosa «aristocracia de Estado» que, bajo el Emirato, conforman una especie de «núcleo duro» del poder y el pilar fundamental del Estado omeya. Sus elementos más influyentes pertenecen al nutrido grupo de los *mawali* de origen oriental (los

25 Ibn Hayyan al-Qurtubi (2001). *Crónica de los emires Alhakam I y Abdarrahan II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II-1]*. *Op. Cit.*, pp. 95-99. ‘Abd al-Karim murió en 824 u 825.

26 Mohamed Meouak (1999). *Pouvoir souverain, administration centrale et élites politiques dans l’Espagne Umayyade (IIe-IVe/VIIIe-Xe siècles)*. *Op. Cit.*, pp. 174-175; y Helena de Felipe (1997). *Identidad y onomástica de los bereberes de al-Andalus*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), pp. 255-258.

27 Mohamed Meouak (1999). *Pouvoir souverain, administration centrale et élites politiques dans l’Espagne Umayyade (IIe-IVe/VIIIe-Xe siècles)*. *Op. Cit.*, p. 175.

banu Abi 'Abda, los *banu* Hudayr, los *banu* Shuhayd y algunos otros linajes poderosos), que fueron los principales artífices de la ascensión al Emirato del primer soberano de la dinastía.²⁸ A partir de los años ochenta del siglo IX se produce en al-Andalus una gravísima crisis política que va a prolongarse varias décadas y durante la cual asistimos a una *fitna* o época de discordia y de división; entretanto, el país se fragmenta políticamente y la autoridad del poder central se debilita hasta tal punto que durante unos veinte años no se acuñará moneda ni se llevarán a cabo expediciones de *jihad* en las fronteras. El historiador no puede sino asombrarse de que la dinastía omeya, contestada en todo el territorio de al-Andalus y casi encerrada en Córdoba durante el reinado del emir 'Abd Allah (888-912), pudiera mantenerse en el poder en semejantes condiciones. Se puede plantear la hipótesis de que uno de los factores que le permitieron sobrevivir fue, junto con el carácter local de la mayoría de las disidencias, la propia importancia —demográfica, económica y cultural— de una capital en la que no se cuestionaba el poder de los omeyas y en la que pudo llevarse a cabo sin contratiempos la sucesión pacífica del emir débil y pasivo 'Abd Allah a su nieto, el octavo emir, 'Abd al-Rahman III (912-961) que, por el contrario, llevaría al apogeo el poder de Córdoba al restaurar la tenacidad de la autoridad del poder central y al retomar el título de califa que habían portado sus ancestros de Damasco (en 929).

Mientras que para referirnos a la capital de los omeyas en el siglo IX tenemos que basarnos a menudo en reconstrucciones e hipótesis de historiadores partiendo de las breves indicaciones diseminadas en fuentes árabes, así como de las que han empezado a aportar las excavaciones arqueológicas, para la época del Califato en cambio podemos referirnos a una descripción al menos contemporánea, relativamente detallada y aparentemente fiable: la del geógrafo oriental Ibn Hawqal, un gran viajero que visita al-Andalus a mediados del siglo X.²⁹ Su texto es como sigue:

La ciudad más grande de al-Andalus es Córdoba, que no tiene su equivalencia en todo el Magreb, más que en la Alta Mesopotamia, Siria o Egipto, por la cifra de población, la extensión de su superficie, el gran espacio ocupado por los mercados, la limpieza de los lugares, la arquitectura de las mezquitas, el gran número de baños y alhóndigas. Varios viajeros originarios de esta ciudad, que han visitado Bagdad, dicen que ella equivale a uno de los barrios de la ciudad mesopotámica. [...] Córdoba es quizás igual a una de las dos mitades de Bagdad, pero no está muy lejos de serlo. La medina está provista de un muro de piedra, de bello emplazamiento y amplias explanadas; [...] [el soberano] tiene su residencia y alcázar en el interior del recinto amurallado que le rodea. La mayoría de las puertas de su alcázar alcanzan el interior de la ciudad por varios lados. Dos puertas de la ciudad están abiertas en la misma muralla de la medina sobre el camino que lleva de Rusafa al río. Las viviendas de Rusafa son las más altas de sus arrabales y sus

28 La misma obra de Mohamed Meouak ofrece mucha información sobre esos linajes y sobre su poder. *Ibidem*.

29 Sabemos que Ibn Hawqal estuvo en al-Andalus el verano de 948. Debió de permanecer allí algún tiempo y seguir informándose después de lo que allí acontecía, pues ofrece informaciones precisas sobre hechos que ocurrieron más tarde. Su *Kitab surat al-ard* [*Descripción de la Tierra*] pasó aparentemente por varias redacciones sucesivas hasta finales del siglo X. Véase la reseña al respecto en el libro de Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez (2004). *Biblioteca de al-Andalus: de Ibn al-Dabbag a Ibn Kurz*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, volumen 3, pp. 320-321.

construcciones se continúan con el arrabal más bajo de la ciudad. Es una aglomeración que rodea la ciudad por los lados Este, Norte y Oeste; en cuanto la parte del mediodía da sobre el río, a lo largo del cual se desarrolla un camino llamado «el arrecife» (*al-Rasif*) y sobre él se encuentran los zocos, tabernas, caravasares, baños y las viviendas de las clases inferiores de la población están en su arrabal. La mezquita-aljama, que es muy bella y grande, se encuentra en el interior de la medina; la prisión está situada en su vecindad.

Córdoba está muy separada de las casas de sus arrabales, excepto uno que hay adherido a ella, la medina está situada en el centro rodeada por su muralla, más de una vez he dado la vuelta a la muralla en una hora; es una muralla de forma circular, muy sólida y de piedra. [...] Córdoba tiene siete puertas de hierro. Es una ciudad considerable y extensa, que presenta un plano elegante. Se encuentran allí grandes fortunas y el lujo se despliega en ella de muchas maneras: en las telas y vestidos preciosos, de suave lino, de seda salvaje o fina, así como en las monturas ágiles, en los diferentes tipos de comestibles y de bebidas.³⁰

No se trata aquí de describir al detalle la Córdoba del siglo X, sino de trasladar la impresión que la ciudad producía sobre un viajero experimentado y curioso, que ya había recorrido casi todo el mundo musulmán y, por consiguiente, podía confrontar lo que veía de la capital de al-Andalus con lo que sabía de otras muchas ciudades que había visitado, en particular la más grande de ellas: Bagdad. Podemos añadir que tenía simpatía por el régimen fatimí de Kairuán y que era muy crítico respecto a otros hechos de los que fue testigo en la Península Ibérica, por ejemplo, el estado de las fuerzas militares, que considera nimias. Esto hace que resulte aún más interesante constatar que siente admiración por la grandeza, la buena organización, el aspecto agradable y la riqueza de la ciudad. Aparentemente, le parece la única ciudad de *dar al-Islam* que se pueda comparar con Bagdad.

En la cita anterior hemos omitido algunas indicaciones sobre la ciudad principesca de Madinat al-Zahra, que el califa 'Abd al-Rahman III estaba construyendo desde el año 936 unos kilómetros al oeste de la *madina* de Córdoba y a la que el gobernador y la corte se estaban trasladando progresivamente. Por ejemplo, en el mismo momento en que Ibn Hawqal llega a la Península, el acuñado de monedas, que hasta entonces se hacía en Córdoba, se traslada a Madinat al-Zahra.³¹ Tanto el primer califa como su hijo, al-Hakam II (961-976), residirán casi de continuo en la nueva ciudad principesca, que era por sí misma tan grande como una capital de provincias (un centenar de hectáreas, lo que por entonces correspondía a la extensión de una ciudad como Toledo). Fue edificada con gran desembolso —se habría invertido un tercio de los ingresos del Estado durante años—, con los edificios más hermosos realizados en sillería, mármoles importados, columnas y objetos de arte

30 Ibn Hawqal (1964). *Configuration de la Terre (Kitab surat al-ard)*. Introduction et traduction, avec index, par Johannes Hendrik Kramers et Gaston Wiet. Beirut y París: Commission internationale pour la traduction des chefs-d'oeuvre, Maisonneuve et Larose, tomo I, pp. 110-112.

31 Rafael Frochoso Sánchez (1996). *Las monedas califales: de ceca al-Andalus y Madinat al-Zahra' (316-403 H., 928-1013 J. C.)*. Córdoba: Publicaciones de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Obra Social y Cultural Cajasur, p. 15.

traídos de distintas regiones mediterráneas.³² Los arqueólogos han sacado a la luz ese inmenso emplazamiento, mostrando su estructura y poniendo de manifiesto su riqueza y sus remodelaciones. A pocos kilómetros de Córdoba, constituye otro elemento que muestra el esplendor del Califato.

El conjunto Córdoba-Madinat al-Zahra es completado y aumentado en los años ochenta del mismo siglo por una segunda ciudad palatina, edificada esta vez al este de Córdoba por el gran *hayib* amirí al-Mansur durante el periodo en que se hizo con el poder y gobernó de manera casi «dictatorial» el Califato de Córdoba, cuyo poder extendió al actual Marruecos; a finales del siglo X, dicho conjunto es una inmensa «conurbación» que se extiende por una franja de la orilla derecha del Guadalquivir a lo largo de casi 15 kilómetros. Gracias a las excavaciones que se han realizado en zonas situadas entre la ciudad antigua y la ciudad palatina de Madinat al-Zahra, se han encontrado restos de construcciones que apoyan la idea de que el tejido urbano era denso también en los intervalos entre los núcleos principales que estructuraban ese conjunto. Todo invita a pensar que la capital omeya se situaba entonces al mismo nivel que las otras dos grandes conurbaciones califales: El Cairo fatimí y la Bagdad abasí. Fue en esta última fase de crecimiento de la Córdoba califal, sin duda para responder a las crecientes necesidades demográficas, cuando se construyeron dos nuevas ampliaciones de la gran mezquita: la de al-Hakam II, salpicada de notables adornos (cúpulas ante el *mihrab*, decoración de mosaicos inspirados en el arte bizantino, nuevos tipos de arcos), y la de al-Mansur, más sobria y coherente con las primeras partes de la mezquita. En total, la dimensión de la sala de oración quedó más que duplicada. Se puede pensar que la ampliación de al-Mansur, que añade ocho naves lateralmente, a lo largo de toda la sala de oración, a las 11 que existían, responde en particular al aumento de los efectivos permanentes del Ejército debido al reclutamiento de *saqaliba* (esclavos de origen europeo, en principio «eslavos») y de bereberes, concentrados en su mayor parte en la capital y sus inmediaciones; pero también que era lo propio para las dimensiones de una metrópoli convertida en centro político, económico y cultural de un imperio que alrededor del año 1000 se extendía desde el valle del Ebro al borde del Sáhara.³³

Resulta prácticamente imposible decir cuántos habitantes podía tener Córdoba en aquel momento. Se han propuesto cifras que van desde cien mil a

32 Manuel Gómez-Moreno (1951). *Ars Hispaniae: historia universal del arte hispánico. El arte árabe español hasta los almohades. Arte mozárabe*. Madrid: Plus Ultra, volumen 3; o, más brevemente, Évariste Lévi-Provençal (1999). *Histoire de l'Espagne musulmane: le califat umayyade de Cordoue (912-1031)*. Paris: Maisonneuve et Larose, tomo II, pp. 138-139, ya permitían hacerse idea del lujo desplegado en Madinat al-Zahra. Muchas publicaciones a todo color han difundido en los últimos veinte años imágenes de las construcciones y los objetos que testimonian ese lujo principesco, por ejemplo, las dos obras editadas en Granada por El Legado Andalusi con ocasión de la exposición de Madinat al-Zahra del 3 de mayo al 30 de septiembre de 2001, en María Jesús Viguera Molins y Concepción Castillo Castillo (coords.). *El esplendor de los omeyas cordobeses: la civilización musulmana de Europa occidental. Exposición en Madinat al-Zahra, 3 de mayo a 30 de septiembre de 2001: estudios*. Op. Cit.

33 La síntesis más conveniente sobre la metrópoli omeya, centrada en su momento de apogeo, es la de Manuel Acién Almansa y Antonio Vallejo Triano (2000). Cordoue, en Jean Claude Garcin (dir.). *Grandes villes méditerranéennes du monde musulman médiéval*. Roma: École Française de Rome, pp. 117-134. La idea de un «imperio» omeya que se extiende desde el límite del Sáhara hasta los Pirineos ha de ser, sin duda, matizada, pero en cualquier caso puede apoyarse en ciertos hechos «tangibles» como la acuñación de monedas de oro en nombre de los califas de Córdoba en la ciudad presahariana de Sidjilmassa.

un millón y no podemos más que ceñirnos con prudencia a esos dos extremos.³⁴ No sabemos si ese gigantismo de la capital omeya, tal vez excesivo para las posibilidades de abastecimiento de la época, incidió en el debilitamiento que iba a venir después, como se ha supuesto en lo tocante a la Bagdad del declive del Califato abasí. Simplemente constatamos que ese auge se detuvo bruscamente por la profunda crisis que afectó al Califato a partir de la «revolución de Córdoba» del año 1009, ocasionada aparentemente por la incapacidad para gobernar del segundo hijo de al-Mansur, 'Abd al-Rahman «Sanchuelo»; éste ascendió al poder en 1007, sin duda por motivo de las tensiones internas de diversa índole que afectaban al régimen. Las dos décadas siguientes predominarán las rivalidades entre las distintas facciones político-militares que aspiran a tomar el control de Córdoba, un debilitamiento correlativo del poder central y la aparición de múltiples poderes locales que van conformando progresivamente una nueva geografía política de al-Andalus: la quincena de «Reinos de taifas» ya constituidos cuando el Califato de Córdoba desaparece por completo en 1031. En la propia Córdoba se establece un poder que corresponde perfectamente con la realidad sociohistórica de la capital venida a menos, pues la oligarquía urbana decide confiar el poder a una de las familias de la «aristocracia de Estado» que había constituido el grupo de los *mawali* omeyas, la de los *banu* Yahwar; un poder que ya no se extiende más que a la ciudad y a sus inmediatos alrededores, ya que por todas partes, en Sevilla, Granada y en otras ciudades secundarias de Andalucía como Morón o Carmona, aparecen otros poderes locales independientes del de Córdoba.

En contraste con el esplendor que había tenido en el siglo X, la historia política de Córdoba durante los Reinos de taifas del siglo XI es particularmente deslucida. La corta dinastía de los *banu* Yahwar (1031-1070) está formada por tres gobernantes que ilustran bastante bien la tesis de Ibn Jaldún sobre la decadencia de los poderes principescos. El primero de ellos, Abu l-Hazm Yahwar, fue reconocido por los oligarcas cordobeses en el momento de la desaparición del Califato como una especie de *primus inter pares* encargado de ocuparse de los asuntos de la ciudad. Se presenta únicamente como el miembro más eminente de un consejo visiral y evita adoptar ningún sobrenombre de reinado (*'laqab'*) para no conferir un aspecto monárquico a su poder. Su hijo, Abu l-Walid Muhammad, que le sucedió en 1043, imitó su prudencia. No adoptó más que el modesto *laqab* de *al-Rashid* («el que guía por el buen camino»). Pero después de él, su hijo 'Abd al-Malik, que le sucedió en 1063, tras haber desestabilizado con sus maniobras el Estado cordobés aún en vida de su padre, rompe con esa tradición de modestia gubernamental acumulando rimbombantes *laqabs* de estilo califal (como el de *al-Mansur bi-Llah*, «aquél a quien

34 Podríamos retener, como una cantidad razonable, la cifra de 270.000 habitantes propuesta por Jesús Zanón (1989) en su pequeño libro *Topografía de Córdoba almohade a través de las fuentes árabes*. Madrid: CSIC, Instituto de Filología, p. 18, sin ocultar que el único motivo para adoptarla es su carácter «moderado». Manuel Ación Almansa y Antonio Vallejo Triano, en la obra citada en la nota anterior, recuerdan que un censo ordenado por al-Mansur habría inventariado un total de entre 200.000 y 300.000 viviendas (hay variaciones en las fuentes que lo reseñan) de la *khassa* ('plebe') y de la '*amma*' ('aristocracia'), y se sitúan más bien cerca de una hipótesis «elevada», en vista de dichas cifras y de ciertas constataciones arqueológicas que indican un tejido urbano más bien tupido (pp. 121-122).

Dios da la victoria»), al igual que empezaban a hacer otros soberanos de las taifas aunque con más lógica, pues tenían más poder y menos impopularidad. El poder del tercer Yahwaride carece de toda solidez. Es impopular, apenas se acuña moneda en Córdoba y la debilidad de sus medios militares incita a sus vecinos, los emires de Toledo y de Córdoba, de otro rango, a ambicionar anexar a sus Estados una ciudad históricamente tan prestigiosa. En 1070 se produce finalmente el desenlace de esta situación en provecho del Reino de los abadies de Sevilla, que estaban unificando bajo su égida a la mayor parte del al-Andalus meridional, desde el Algarve a Murcia.

No cabe duda de que la metrópoli califal del siglo X sufrió mucho los graves conflictos político-militares de los que fue objeto en la segunda década del siglo XI. Las dos ciudades principescas de Madinat al-Zahra y Madinat al-Zahira fueron objeto de pillajes y devastación. Conocemos el nombre de algunos personajes que perdieron la vida en esos pillajes a los que se entregaban las facciones rivales, fugazmente victoriosas: fue el caso del famoso autor del primer gran diccionario biobibliográfico de sabios andalusíes, Ibn al-Faradi, que fue muerto por los bereberes partidarios de uno de los pretendientes al poder califal en el momento del saqueo de la capital en abril de 1013. Hay muchas referencias a élites político-administrativas e intelectuales que se dispersaron por las provincias a causa de estos disturbios. Fue el caso de muchos funcionarios *saqaliba* o de la familia del propio «dictador» al-Mansur, que volvemos a hallar más tarde en el poder en el Sharq (región oriental) de Valencia, así como de otros muchos personajes influyentes de la vida cultural andalusí. El autor de *El collar de la paloma*, el gran Ibn Hazm, de quien siempre se dice que es «de Córdoba» porque nació y empezó sus estudios allí, dejó la ciudad a los 18 años después de su saqueo por los bereberes y no regresaría más que de manera episódica entre sus estancias duraderas en las regiones orientales y occidentales. Su caso resulta interesante desde el punto de vista de la desaparición de una parte de la antigua conurbación de la época califal: efectivamente sabemos que, habiendo pasado su infancia de hijo de visir en una *munya* llamada *de al-Mughira*, situada en el barrio que se había creado en torno a la residencia amirí de Madinat al-Zahira, y posteriormente en otra residencia aristocrática que se encontraba en *balat Mughith*, ambas viviendas fueron destruidas en los disturbios y, cuando más tarde pasó una temporada en la ciudad, hubo de alojarse en casa de una mujer emparentada con su familia, quizás en el interior del casco antiguo.³⁵

Tampoco se pueden proponer más que hipótesis sobre la reducción tal vez en unos dos tercios del espacio urbano cordobés entre los siglos X y XI. Antonio Almagro, que lo ha intentado, propone para el segundo periodo una superficie de 185 hectáreas y una población de unos 65.000 habitantes, sin duda más apretada que la del siglo anterior, cuando una población cuatro o cinco veces mayor se habría diseminado por un área inmensa de más de 2.500 hectáreas.³⁶ Esa cantidad

35 Véase el artículo de José Miguel Puerta Vilchez (2004) dedicado a Ibn Hazm en *Biblioteca de al-Andalus: de Ibn al-Dabbag a Ibn Kurz*, editado por Jorge Lirola y el propio José Miguel Puerta Vilchez. *Op. Cit.*, volumen 3, pp. 392-443 (pp. 392-395).

36 Antonio Almagro (1987). «Planimetría de las ciudades hispanomusulmanas», *Al-Qantara*, VIII, p. 427.

de unas decenas de miles de habitantes, que probablemente sigue siendo válida durante el siglo siguiente, se refiere no obstante a una realidad urbana todavía importante, aunque sin llegar a situar a la ciudad en el primerísimo rango de las capitales andalusíes. Sevilla, dentro de su recinto del siglo XII, es sin duda mucho más vasta y poblada, con casi 300 hectáreas y unos cien mil habitantes. En la misma época, una gran ciudad de Occidente no tendría más de 50.000 habitantes. El prestigio de Córdoba influye para que en los siglos XI y XII siga conservando un papel cultural de primer plano. Es conocida la frase de Averroes, que fue cadí de la ciudad en los años 1180-1190,³⁷ que decía que si un músico moría en Córdoba, se llevarían sus instrumentos a Sevilla, mientras que si un sabio moría en aquella ciudad, sus libros se llevarían a Córdoba. No obstante, constatamos que, desde el siglo XI, un gran poeta como Ibn Zaydun comienza su vida en 1003 en Córdoba, donde vive los cuarenta primeros años, pero pasa después los veinte últimos en Sevilla, donde muere en 1071.³⁸

A finales del siglo XI tiene lugar el desposeimiento de los soberanos de las taifas por Yusuf b. Tashfin, el poderoso jefe del movimiento almorávide que acaba de imponer en Marruecos, desde su nueva capital, Marrakech, la autoridad de un régimen reformador del islam. El avance de la «reconquista» de al-Andalus empezado por los reyes cristianos (toma de Toledo en 1085) se detiene por un tiempo. El destino de Valencia, ocupada temporalmente por el Cid (1087-1099), se decanta finalmente por los almorávides, que la reconquistan en 1102. Desde el final del siglo XI al principio del XIII, al-Andalus se vincula sucesivamente a dos grandes imperios «africanos»: al de los almorávides y, desde mediados del XII, al de los almohades, que derrocaron a los primeros. Todo ello no sin peripecias que afectan a Córdoba, como una revuelta de la ciudad en 1121, bajo los almorávides, así como la constitución de un poder autónomo dirigido por el cadí de la ciudad en el momento de la crisis del régimen almorávide (en los años 1145-1146, cuando en varias ciudades se constituye lo que se ha llamado los *segundos Reinos de taifas*). Evidentemente, no se trata aquí de narrar al detalle la historia hasta que la reconquista cristiana alcanzó Córdoba en 1236. Esto se produjo después de la caída del régimen almohade en al-Andalus (1228), durante un nuevo periodo de fragmentación política que lógicamente se denomina *terceros Reinos de taifas*. No obstante, resulta interesante apuntar que, al contrario de lo ocurrido en otras ciudades (Murcia, Valencia, Granada y Sevilla, principalmente), Córdoba no desempeña esta vez un papel político destacable y no se constituye en ella un poder político independiente.

La situación demográfica de Córdoba a lo largo de todo este periodo de los imperios bereber-andalusíes no resulta más sencilla de determinar que en las épocas anteriores. La antigua capital de los califas omeyas sigue siendo, incon-

37 Véase el artículo sobre Ibn Rushd de varios autores en el volumen 4 del libro de Jorge Lirola Delgado (2006). *Biblioteca de al-Andalus: de Ibn al-Labbana a Ibn al-Ruyuli*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, p. 524.

38 Véase la reseña que le dedica Jaime Sánchez Ratia en el volumen 6 de Jorge Lirola Delgado (2009). *Biblioteca de al-Andalus: de Ibn al-Yabbab a Nubdat al-'Asr*. Op. Cit., pp. 287-304.

testablemente, una gran ciudad de provincias. Sigue conservando una actividad intelectual importante. Para convencerse de ello basta con mencionar el nombre ya citado del mayor filósofo del islam, Averroes, que nació y pasó gran parte de su vida en ella. Sin embargo, la ciudad hubo de sufrir aún más disturbios político-militares que agitarían esa época, en particular las guerras entre los almohades y el emir independiente de Murcia Ibn Mardanish, que tuvieron lugar en la región a finales de los años cincuenta del siglo XII. Desconocemos a qué se refiere exactamente un secretario y cronista almohade, Ibn Sahib al-Sala, que afirma que, en septiembre de 1162, estando en Córdoba en el momento de la entrada en la ciudad de dos príncipes de la dinastía almohade de regreso de una expedición precisamente contra ese emir de Murcia, Ibn Mardanish, la ciudad no contaba más que con 82 hombres, pues los demás «la habían abandonado durante la rebelión para retirarse al campo. Esa despoblación y emigración ponía de manifiesto su miseria y su desgracia; su país fue sumido en la desolación y se vistieron con andrajos». ³⁹ No cabe duda de que se refiere a la *'amma*, la aristocracia urbana, pero su testimonio merece ser tenido en cuenta. Lo que se ha dicho más arriba sobre la ausencia de «reactividad» de la ciudad tras la desaparición del régimen almohade va más en el sentido de un dinamismo realmente aminorado de la ciudad, que experimenta pasivamente los acontecimientos. Sin que se puedan aportar auténticas estadísticas, se constata que, mientras que las personas ilustradas y sabias cordobesas citadas por los diccionarios biográficos eran más numerosas en Córdoba que en Sevilla hasta mediados del siglo XI, en la época almohade fue la segunda ciudad la que tomó la delantera. ⁴⁰

Esa merma de dinamismo en Córdoba se revelará igualmente en los vestigios arqueológicos. Mientras que las construcciones realizadas por los almohades en Sevilla son célebres (empezando por la Giralda, antiguo minarete de la gran mezquita edificada en esa época) y que en Murcia se han sacado a la luz importantes restos de los siglos XII-XIII, no existen testimonios de semejante actividad constructora en Córdoba, que vive, por decirlo así, sobre el patrimonio arquitectónico legado de la época omeya. Ciertamente es que con el *qasr* ('alcázar') o palacio del gobernador heredado de los omeyas sobraba para la mediocridad política de la ciudad, y que la gran mezquita, que seguía siendo la más grande en

39 Ibn Sahib al-Sala (1969). *Al-Mann bil-imama: estudio preliminar* [traducción de Ambrosio Huici Miranda]. Valencia: Anúbar, p. 49. La cifra puede parecer poco creíble, pero la reproduce exactamente otro autor más tardío (Ibn al-Abbar) y, en el contexto del texto, queda bastante claro que Ibn Sahib al-Sala se refiere a las «familias nobles» que quedaban en Córdoba, cuyos jefes, como se puede suponer, salieron de la ciudad junto con los funcionarios venidos de Sevilla —entre los que se cuenta el autor— para recibir a los dos príncipes almohades.

40 Cosa que percibe perfectamente un autor oriental como Yaquut (1179-1229), que dice que en su época el esplendor de Sevilla subsiste, mientras que «Córdoba está en decadencia, no es más que una ciudad de la región central [de al-Andalus]», Gamal 'Abd al-Karim (1974). *La España musulmana en la obra de Yaquut (s. XII-XIII): repertorio enciclopédico de ciudades, castillos y lugares de al-Andalus: extraído del Mu'jam al-buldan (diccionario de los países)*. Granada: Publicaciones del Seminario de Historia del Islam, Universidad de Granada. Este debilitamiento, también cultural, de la ciudad se desprende de los cálculos del número de sabios que residían en las distintas ciudades andaluzas en cada periodo; véanse las tablas que propone Christine Mazzoli-Guintard (1996). *Villes d'al-Andalus. L'Espagne et le Portugal à l'époque musulmane (VIIIe-XVe siècles)*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes II, pp. 332-334.

uso en el mundo musulmán de la época, era también más que suficiente para las necesidades de los fieles. Aun así, la ciudad seguía conservando su prestigio simbólico: frente a su puerta occidental se había quemado en 1109 la obra de Ghazali, *Revivificación de las ciencias religiosas*, que no gustaba a los *fuqaha'* andaluses.⁴¹ Los autores árabes que describen Córdoba más adelante dedican páginas entusiastas a su esplendor. Así ocurre con 'Abd al-Mun'im al-Himyari, autor magrebí de finales del siglo XIII y principios del XIV, para quien la mezquita de Córdoba es:

[...] uno de los monumentos más hermosos del mundo, tanto por su gran superficie como por la perfección de su planta, la riqueza de su ornamentación y la solidez de su construcción... No tiene parangón en el mundo musulmán, ni por su ornamentación ni por su ancho y su largo.⁴²

Podemos concluir esta aportación comparando estas líneas elogiosas, poco sorprendentes viniendo de un autor árabe-musulmán, con lo que sabemos de la admiración que los cristianos, por su parte, profesaron a la mezquita de Córdoba. Juan Carlos Ruiz Souza destaca sugerentemente este punto, que se puede percibir tanto a través de la historia del arte como a través de los textos: «Fue tremendo el impacto que tuvo a lo largo de toda la Edad Media la mezquita de Córdoba entre los Reinos cristianos», escribe.⁴³ De hecho, no se trata tan sólo de admiración; según el mismo autor:

La aljama cordobesa se convirtió [...] por lo tanto en fuente de modelos de la cultura visual de lo sagrado desde el siglo IX en adelante, si bien la conquista de la ciudad en 1236 por las tropas de Fernando III profundizó sin duda su conocimiento y valoración tal como se evidencia por los textos laudatorios que le dedican importantes y decisivos personajes de los siglos XIII y XIV de la talla de Pedro Jiménez de Rada, Alfonso X, don Juan Manuel o el canciller Pedro López de Ayala.⁴⁴

De ahí todo un proceso de asimilación de dichos modelos musulmanes con el florecimiento del arte mudéjar. El dinamismo del arte castellano es de tal calibre entonces, prosigue Ruiz Souza, que en ocasiones integra y adapta dichos modelos con una creatividad más marcada que el propio arte musulmán

41 Jacinto Bosch Vilá (1990). *Los almorávides*. Granada: Universidad de Granada, p. 248.

42 Évariste Lévi-Provençal (ed. y trad.) (1938). *La péninsule Ibérique au Moyen Age d'après le Kitab ar-Rawd al-mi'tar fi habar al-aktar d'Ibn Abd al-Mun'im al-Himyari: texte arabe des notices relatives à l'Espagne, au Portugal et au Sud-Ouest de la France*. Leiden: E. J. Brill, p. 183. Sobre al-Himyari, cuya identidad exacta ha sido discutida, véase el artículo de Vicente Carlos Navarro Oltra (2012), en Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez (eds.). *Biblioteca de al-Andalus: de al-Abbadiya a Ibn Abyad*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, volumen I, pp. 444-451.

43 Juan Carlos Ruiz Souza (2009). La Corona de Castilla y al-Andalus. Préstamos arquitectónicos y grados de asimilación. Espacios, funciones y lenguajes técnico-formales, en Pierre Toubert y Pierre Moret. *Remploi, citation, plagiat. Conduites et pratiques médiévales (Xe-XIIIe siècle)*. Madrid: Casa de Velázquez, p. 240.

44 *Ibidem*, p. 253.

granadino, imbuido de un conservadurismo mayor.⁴⁵ Pero entramos entonces en otra etapa de la historia de la cultura iberoárabe que ya no es competencia del medievalista.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Pierre Guichard es profesor emérito de Historia Medieval en la Universidad de Lumière-Lyon 2, especialista en Historia de la España musulmana. Antiguo miembro de la sección científica de la Casa de Velázquez de Madrid y asociado de la Academia de Inscripciones y Letras Antiguas (Institut de France). Ha publicado varias obras, entre las cuales podemos citar *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente* (Barcelona, 1976) y *Les musulmans de Valence et la Reconquête (XIe-XIIIe siècles)* (Damasco, 1990-1991).

RESUMEN

Córdoba es una de las «ciudades míticas» del espacio de contacto entre el mundo árabe-musulmán y el mundo cristiano. En este artículo hemos intentado mostrar el esplendor de la antigua capital de los omeyas de al-Andalus desde que la escogieron, por encima de Sevilla, como capital de una de las provincias del Califato de Damasco tras la conquista árabe del siglo VIII hasta su ocupación por los cristianos en 1236. En el siglo IX, la ciudad conoce bajo el Emirato un crecimiento y una orientalización muy rápidos y, en el siglo X, un brillantísimo apogeo con el Califato. Junto con las dos ciudades principescas edificadas en su periferia, alrededor del año 1000 es una de las mayores conurbaciones del mundo mediterráneo. La caída del Califato a principios del siglo XI pone fin a su predominio político. Viviendo de su gloria pasada y pese a la merma demográfica, conserva cierto esplendor cultural en los siglos XI y XII, para ser finalmente suplantada por Sevilla. Sin embargo, su incomparable gran mezquita y los vestigios de la cercana ciudad califal de Madinat al-Zahra siguen testimoniando ese glorioso legado.

PALABRAS CLAVE

Qurtuba, Córdoba, al-Andalus, historia.

ABSTRACT

Cordoba is one of the «legendary cities» of the area of contact between the Arab-Muslim world and the Christian world. In this article we have tried to show the splendour of the ancient capital of the Umayyads of al-Andalus since they chose it, instead of Seville, as the capital of one of the provinces of the Damascus Caliphate after the Arab conquest of the 8th century until its occupation by the Christians in 1236. In the 9th century, the city, under the Emirate, undergoes a very fast process

45 Ruiz Souza se refiere al respecto a Almagro Gorbea y Ladero Quesada («Por lo que retomáramos el planteamiento de Miguel Ángel Ladero Quesada expuesto páginas arriba, al hablarnos de la asimilación de la herencia material andalusí y de su posterior desarrollo bajo la creatividad de la nueva sociedad en su conjunto, surgida tras las conquistas de las tropas cristianas»). *Idem*, pp. 244-245.

of growth and orientalization and, in the 10th century, a tremendously brilliant peak during the Caliphate. Together with the two princely cities built in the vicinity, around the year 1000 it is one of the largest conurbations of the Mediterranean world. The fall of the Caliphate at the beginning of the 11th century puts an end to its political predominance. Living on its previous glory and in spite of its demographic decrease, it still maintains a certain cultural splendour during the 11th and 12th centuries, until it is finally substituted by Seville. However, its incomparable great mosque and the remains of the nearby caliphal city of Madinat al-Zahra still witness this glorious legacy.

KEYWORDS

Qurtuba, Cordoba, al-Andalus, history.

المخلص

تُعد قرطبة واحدة من «المدن الأسطورية» ضمن فضاء الإتصال بين العالم العربي-الإسلامي والعالم المسيحي. وقد حاولنا في هذا الملخص تسليط الضوء على ازدهار عاصمة الخلافة الأموية في الأندلس منذ أن اختاروها، على حساب إشبيلية، عاصمة لإحدى محافظات الخلافة القائمة حينها في دمشق وذلك بعد الفتح العربي في القرن الثامن الميلادي حتى استيلاء المسيحيين عليها في عام 1236. شهدت هذه المدينة كإمارة في القرن التاسع نمواً وتوجهاً نحو الطابع الشرقي بوتائر سريعة جداً، وفي القرن العاشر بلغت أوج ذروتها مع الخلافة. كانت واحدة من كبريات التجمعات الحضرية في عالم حوض البحر المتوسط التي بنيت قرابة عام 1000 إلى جانب المدينتين الأميريتين اللتين شيدتا في محيطها. وقد أدى سقوط الخلافة في مطلع القرن الحادي عشر إلى وضع حد لهيمنتها السياسية. ومع أنها عاشت على مجدها التليد ورغم قلة عدد سكانها فقد احتفظت بازدهار ثقافي في القرنين الحادي عشر والثاني عشر لتحل في النهاية إشبيلية محلها. ومع ذلك فإن مسجدتها الذي لا يُضاهى وأثار مدينة الزهراء التي تنتمي إلى عصر الخلافة لا تزال تمثل شهادة على ذلك التراث العظيم.

الكلمات المفتاحية

قرطبة، الأندلس، تاريخ.